

al mundo, reconociendo como base la ley fundamental de la naturaleza. Las ideas y voliciones carecen de eficacia para modificar el orden de la naturaleza.

Las instituciones actuales han nacido, en su mayor parte, en el gabinete y apenas si las más ingentes necesidades prácticas, empíricamente estudiadas, han proyectado sobre ellas un reflejo de vida y de verdad, y han servido de punto de partida á las luchas para su desenvolvimiento, sucediendo á las veces que se ha acabado por olvidar el punto de partida y el fin propuesto, resultan instituciones sin objeto para las necesidades reales de la vida social, adecuadas á hombres imaginarios, que no sienten, ni piensan, ni obran como los hombres de carne y hueso que pueblan la tierra. De ahí instituciones incompletas, mutiladas, falsas, huecas, aunque á las veces, de hermosa apariencia, y á las cuales se puede aplicar el epíteto de Jesús á los hipócritas: sepuleros blanqueados. De ahí la mayoría de las instituciones modernas menos ligadas á la realidad que las del mundo antiguo y medioeval, en que se olvida que el hombre es el objeto de toda institución ó en que se desconoce, mutilándola la naturaleza humana, y que resultan simples engranajes burocráticos que se detienen en las formas más aparentes, y por ende superficiales; que, si escuelas, se limitan á la instrucción alfabética, postergando su fin superior y preferente, la formación de la inteligencia y carácter; si asilos, se contentan con cubrir la desnudez de los cuerpos y matar el hambre, engendrando el odio sordo ó implacable hacia la mano misma que tiende el abrigo y el pan; si justicia civil, forman expedientes voluminosos en que pedimentos, traslados, notificaciones, decretos y audiciones ocupan lugar en que debiera brillar el espíritu de justicia en las decisiones de los jueces, firme, inexorable y rápido dando á cada uno lo que es suyo; y si policía y justicia penal, investigan el hecho material, bruto y le aplican mecánicamente el texto legal, la fracción de la tarifa, en que pueda estar más exactamente comprendido, como si en vez de hechos humanos, de seres superiores con inteligencia y corazón, se tratara de la cantidad de lana de una oveja ó del peso de un cerdo. ¡Instituciones, sin alma, sin corazón, muertas!

Y una vez por todas lo advertiré: no me refiero á las instituciones de México, sino en general á las modernas. Informadas las nuestras en las ideas reinantes, muchas de ellas imitadas de las de pueblos más viejos y cultos, no siempre son peores que las extranjeras y á veces son mejores que ellas, por más que el espíritu que informa una y otras sea el pecado común á toda la humanidad en el siglo que ca-